

TRES POEMA INÉDITOS DE DAVID HUERTA

Salmo para la ciudad

Nuevo salmo para la ciudad en trance de destrucción, nuevo salmo
para el muslo derecho y el ojo izquierdo, nuevo salmo
para los cachivaches del alma
y para los automóviles con una televisión adentro y
para la diversión cadenciosa de los niños catatónicos,
nuevo salmo en forma de proyectil erizado de sentencias,
nuevo salmo para abolir la pereza y la acidia, la ganancia rápida
y la demagogia de la estupefacción y el sonambulismo:

*Descienda sobre tu corazón la semilla del egoísmo
y florezca y reverdezca en tus venas
y seas capaz de ignorar la miseria de tu prójimo, el ansia de tu vecino,
el boquear de los adolescentes drogados, el trazo
de lancinante alcohol de tus primos hermanos y
las degradaciones corporales ahora llamadas
con palabras de placer y comercio.*

*¡Ah, puritanos de la cólera y el estupor,
sedientos violadores, misacantanos de sucios bolsillos y piernas
débiles!*

*¡Ay, parturientas! Veo que dais a luz
una magnífica serie de brillos ectoplásmicos:
perfiles de procónsul mestizo en ángulo disolvente,
cámara lenta para la mola longilínea y desorejada,
manitas sobre pechos diminutos, lemures de
infinitos pixeles y suricatos
demasiadas veces vistos, hasta la irrealdad, en horario triple A.*

HPR/107

*Cúbrase tu corazón de larvas para resistir el paso del tiempo,
adelantando, con un artilugio de la biología, tu destino de cadáver;
levántese la costra protectora de la hipocresía para que te muestres
como eres, circundada por impactos ultravioletas y por
migajas de neutrinos implosivos; nómbrese cada ingenio
nanotecnológico
según el grado de su capacidad corrosiva para el momento de
introducirse
en la bóveda craneal de los benefactores.*

*Y que cada segundo se enciendan los tegumentos y se apaguen
la seda y la energía de las buenas acciones, pues nada de eso
hace falta. Lo que hace falta en lugar de los tegumentos es
un exoesqueleto de platino iridiado, lo que hace falta en vez
de las buenas acciones es una relectura de la poesía de tema
monárquico.*

*Espero que se me entienda. No digo todo esto, no lo proclamo
en la plaza pública para mi nombradía o mi prosperidad personal
o familiar, o mi ascenso en las jerarquía políticas.*

*Soy un enviado del Señor. No se me confunda con los mercaderes
y los prevaricadores, con los inversionistas irresponsables y los
lugartenientes de la codicia lujurante. Estoy aquí para renovar
las raíces y las ramas, el esplendor de las flores
y el valor nutritivo y restaurador de los frutos.*

*Así concluye, provisoriamente, con un estruendo
de terciopelo y anemia, de fatiga y de abrasiones irónicas,
el salmo nuevo
para la ciudad pecadora.*

HPR/108

Criatura en la noche

1. *La aparición*

Una criatura ha aparecido en la ventana
-pero no hay cristal en la ventana,
de modo que la aparición de esta noche
no ha ocurrido
sobre una superficie lisa y brillante

sino en el ahogo de un hueco rectangular,
en el pozo enredado de la noche,
en sus nudos de astronomía inversa
y de planicies circulares-

esa criatura tiene dientes cristalinos
y una desesperante multiplicidad de rasgos:

la agilidad de un gato entre los enseres
de la cocina, el ondulante avance
de una anguila en el agua fluvial,
la majestad aérea
de un águila en el momento de levantarse
sobre los altos peñascos-

refractaria a toda taxonomía, a salvo
de las observaciones metódicas del zoólogo,
salvada para siempre del administrador
del Museo de Historia Natural,

la criatura se ha acercado al dormido,
se ha posado sobre la mesa de noche
y con un gesto de senador romano
ha abierto la túnica ectoplásmica
de su cuerpo evanescente, fluido,

HPR/109

para descubrir sus armas, sus brillos destructivos
en forma de tenedor,
el corazón transparente
de donde surgen, relampagueando,
las devastaciones que acostumbra-

milímetro a milímetro ocupa el pecho
del durmiente, un avance napoleónico
sobre las planicies circasianas, una invasión
sistemática del esternón y de la piel que lo cubre,

envolvimiento de las zonas en el mismo meridiano
de corazón y sobre las coordenadas del hígado,
Topkapi dual de la anatomía, cámaras llenas
de joyas resplandecientes,

de tesoros circundados y atravesados
por las linfas centrales de una historia sentimental
y orgánica, extenuante y heroica,
de latidos, por el proceso minucioso de las metamorfosis
y las destilaciones consagradas
a la servidumbre
y la gloria del cuerpo, ahora inerm-

la criatura gime y murmura, su queja
es una delgadísima hoja de platino
que vibra en el aire perfumado,

exclama que no es un Vampiro, que ella solamente
disemina placeres y que se parece

más a Thaís que a Drácula, que nada tiene de gótica
y sí mucho de pública beneficencia y también

HPR/110

de servicio social para el desamparo y la soledad
de los ciudadanos-

el ciudadano dormido sueña con una cordillera,
luego con un mar de azules hipnóticos,
más tarde con una calle de la infancia-

de cada una de esas visiones, la criatura extrae
media copa de sanguaza metafísica
mientras exclama que no, que ella
no es transilvánica ni hemofágica,

que nada más por esta vez, lo jura-

y el ciudadano comienza a experimentar en sueños
una delicia de antojo, la caricia de una sed inagotable,
el sedoso alcance de un apetito imposible.

2. Dentro del sueño

El dormido ha levantado dentro de sí
un altar: piedras y piedras
sin forma, un amontonamiento espeso
y primitivo, coágulo impronunciable
de guturales
en el discurso del aire mañanero.

No hay ningún dios a la vista:
así debe ser en estas ocasiones. Una religión
comienza a aparecer: en el sueño,
la sed será el sacerdote, una liturgia
de seda fisiológica esbozará ropajes sacramentales,
casullas, pieles de un “color que cayó del cielo”,

HPR/111

cinturones hechos con piel de Kraken.

La primera nube que sueñe habrá de estar impregnada
de una simiente eterna: eso piensa el dormido,
extraviado en su retozo teologal.

En el sueño fundacional, la criatura de la ventana asumirá
las funciones de un Encarnado.

HPR/112

Recuerdo de la noche

Una noche todo estaba en blanco.

No era una noche en blanco ni
una de esas “noches blancas”, famosas,
de Finlandia o de San Petersburgo.

No: era blanco el interior
de los ojos sin sueño —iba a decir
“sin dueño”. No era una
benemérita ceguera
-sino que era
un astronómico franciscanismo,
un albor de pobreza profunda.

Y el conticinio era una nube inmensa.

Las horas pasaban pero sólo
una hora era imaginable
en esa duración. Una hora
de singularidad y miedo
-pero un miedo tenue,
en todo semejante, por su rostro
de luminosidad estricta,
a una alegría sin la menor complicación.

Hora de palmas pálidas:
palmas sin clorofila
y palmas de una mano sin sangre.

Hielo, espuma. Sábanas con orillas
de fantasma. Un vacío
de asfixia y desesperación.

HPR/113

Luego la noche terminó y la blancura
fue cediendo. El día fue una cifra vacante
atravesada por los rayos solares.

Venus desvistió la blancura. La mirada
se extravió en las cosas, tocándolas
parecía extinguirlas -todo volvió
a su centro y a su diversidad.

La noche aquella fue un misterio perpetuo
entre la algarabía de los colores.

Era inútil esperar su regreso.

Y esperar fue una magia, un
esplendor de mito y un vagabundeo
sin explicaciones ni murmullos.

Esa noche permaneció en el pasado
con majestad de esfinge -intocable,
inabordable como un témpano liso,
fuera del tiempo y de los accidentes.

En la cocina, las tazas más blancas
del desayuno tintineaban solas, esmaltadas
por una inquietud trascendental.

En la sala, el aire sentía
nostalgias árticas.

En las habitaciones,
una brisa iba inmovilizándose
hasta quedarse, estática,

HPR/114

en los labios del frío.

En los baños, el agua parietal
deseaba ser nieve.

En las mentes,
una desecación cundía.

Y la noche
en que todo estuvo en blanco
no regresaba, existía en la memoria
a la manera de un origen desalojado,
noche obstinada en su grandeza
de lejanía y de silencio.